

## LOS JOVENES ASESINOS RESPONDEN

Andreaaaa, AndreaaAAA, ¿estás muerta? AndreaaAAA, ¿dónde estás? Si no estás en la ciudad que se desmoronaba, si no estás allí, ¿dónde estás? Ya se te abrieron los ojos, ya puedes ver. ¿Dónde estás? *En una barraca. ¿Quién te rodea? Muchas mujeres. ¿Ya te estás acordando de por qué llegaste aquí? Sí, porque la ciudad se desmoronaba, las casas se caían.* Te caíste también. *Quizá.* Desmayada, golpeada. *Quizá.* Te recogieron los enemigos. *Quizá.* Esa mujer, enfrentándote de pie mientras estás acostada, la que tiene los dientes descubiertos de odio es La Negra. *Sí es ella.* La que esperabas que te hablara te habla en este momento, te dice: Antes me quitaste a tu hermano, ahora me quitas al único hombre que se le parecía. *Sí, eso dice, pero se equivoca, yo no le quité a nadie.* Andrea, vas a desmayarte de nuevo. Tu boca sólo puede abrirse para puros sonidos alterados. Significan: *La Negra ya no tiene importancia, da lo mismo que desaparezca o no, haber pensado en pedirle la solución a ella fue como haber intentado pedirselo a la máscara, cosa de risa, de risa a gritos, si me dejara tiempo.* Pero no te deja tiempo. Al primer sonido, La Negra se lanza sobre la fuente de la risa, tu garganta. Han desaparecido sus dientes blancos de odio, se han clavado en tu cuello. ¿O es un cuchillo? Te vas a desmayar, Andrea; estás sin fuerzas, sin ganas de desprenderte de los dientes. Es atroz. No se aguanta. Das manotazos para atrapar el aire. ¿Atroz? Ya no. Una sensación de liviandad te eleva. Los coágulos de líquido caliente almidonan tu vestido, pero no te pesan. Hace un ruido tu garganta agujereada. Sí, La Negra te ha dado la solución, finalmente. ¿Te has sacado los zapatos? ¿Te has sacado el vestido? Te has sacado la gravedad. Estás muy liviana. Ya has empezado a caminar por el aire, como por una escalera, rumbo a la constelación de la muerte.

La ciudad está trastornada. Las bombas borrarán las calles y la conducta normal. Andrea se ha escapado de la casa, corriendo sin saber adónde. Huyó, dejó a Mayor con la palabra en la boca, sin recor-

darla siquiera. Se detuvo por momentos, por momentos miró atrás. En un umbral, un chico abandonado llora. Oh, chiquito de mi lástima, dice su corazón y le frena la huida. Se agacha a consolarlo y él se prende de su vestido, intenta torpes caricias. Le da miedo a Andrea, aparta de golpe las manitas y sigue su camino. Pero se vuelve a mirarlo varias veces, quizá para que no sea tan irremediable su abandono. Entonces ve venir hacia el chico una máscara de payaso, herida en la boca por una carcajada de martirio y de locura. ¡Esa máscara tiene la contestación a su pregunta! Cuando el disfraz no es vergüenza en medio de una ciudad que se desploma, el que lo lleva está irremediablemente atrapado por la voluntad de hacer lo que se le da la gana. Va a hablar con ése. Le hará la pregunta que durante años pensó hacerle a La Negra; será como un enunciado, precisa y sin explicaciones: Estoy aquí por algo, ¿por qué? Pero no le hace ninguna pregunta, su cabeza está ida en varias direcciones o en ninguna. De repente, sospecha que bajo el traje blanco de la máscara hay una carne podrida, que el hombre se echó encima lo primero que encontró que lo tapara bien, luego de años de encierro, y salió no tanto a escapar, sino a imponer su maldad. Ve cómo el chico se espanta, ya se está espantando ella, y si no corre hasta perder los sentidos, la máscara la atraparé. El ser que se pone una máscara mientras una ciudad se derrumba ya sabe lo que es morir sin desorientación todos los días. Y se solaza cuando la ocasión se le presenta de hacer compartir su enfermedad o su horror. Andrea se pone a correr, abandonando definitivamente al niño. Abandonar a una criatura que se prende a los vestidos con manos inocentemente abyectas porque está por reventársele el corazón de miedo, abandonarla al más miedo todavía, es buscarse una amenaza para siempre: la del larguísimo sufrimiento insomne, la de la disgregación de las noches en extremos puntos de zozobra.

Andrea corre como cuando no hay lugar en el espacio que esté esperando para ser refugio.

En las calles la gente grita con mareo, con llanto, con irrealidad. Hasta con risa, como en la montaña rusa, cuando el miedo no ha persuadido del todo.

Andrea ha olvidado de qué casa salió a correr para evitar que las paredes se le cayeran encima, ha olvidado al yerno del ministro, a las hijas, a todo lo que no sea huir.

Las caras jadean, clavadas en la pared, desde una cantidad de lugares de suplicio. Jadean unos segundos. De repente, se les afloja

el tormento y retoman su memoria de inmovilizadas fotografías. Andrea, que les había quitado esa memoria para verlas sólo suplicadas, se la devuelve de golpe. Entonces arranca violentamente uno de los retratos y, sin importarle de horarios ni de buena educación, sale del cuarto del ministro y se mete sin llamar en el de Mayor, la hija. Ya dentro, con el picaporte aún en la mano, comprueba casi gritando:

—No está aquí. Ha huido.

Mayor se despierta sobresaltada.

—¿Qué? Ah, mi marido.

—¿Dónde está?

—No sé —se frota los ojos Mayor—. Quién sabe dónde ha tenido que pasar la noche.

—¡Canalla! Ha puesto mi retrato junto a los otros.

Mayor se ríe, despierta del todo.

—Tuvo que haberlo puesto anoche, antes de escaparse.

—¿Se mandó mudar? Pero todavía tuvo tiempo de hacer su broma braquicéfala. ¿Pensaste quién, además de tu padre, sabía que te quedabas en la casa con esos documentos? Sólo él. Tu padre y tu marido eran los únicos que lo sabían.

—Sí, lo pensé. Pero le han pagado.

—¡Le han pagado! ¿Y eso es una disculpa? Fantoche. Vendido. Después deja monedas en los rebordes de las paredes «para los niños y los ángeles».

—Entraste a los gritos en mi cuarto. ¿Por qué? Los procedimientos directos no son tu especialidad.

—No hay tiempo para rodeos. ¿Le has dicho que sólo él y tu padre sabían que quedabas con los papeles? ¿Se lo dijiste?

—No valía la pena. Antes de tres días estará muerto.

—¿Lo mandaste matar?... Nunca, nunca te traicionaré. Sólo por tu forma tan neta de decirme la verdad. ¿No me crees, Mayor? ¿Por qué esa sonrisa desde abajo?

—Cada persona tiene su propio límite a la traición. Habrás llegado al tuyo.

—No seas tonta, Mayor. Nadie te traicionó. Yo no, por lo menos. Una mujer que traiciona a otra por amor. ¿Eso estás diciéndome? Me haces reír. ¿Por qué te casaste con él? Siendo tan superior.

—No lo creas. Jamás encontré a nadie con tanta capacidad de humillación como él. Y sé que tus traiciones no son por amor. Eso puede andar bien para tu amiga, La Negra. Tus traiciones son de otra clase. A cosas tan abstractas como el espíritu. El es encandilador. Se casó conmigo para llamarme *rosa de oro*, para tomar bebidas picantes y

pérfumadas, para admirar los encajes antiguos y la platería de la casa. Tuvo siempre gusto por la belleza lujosa. ¡Pobrecito, quería un «smoking»! Pero le duró poco la gran vida. Vinieron los disturbios y la lucha, se fueron sirvientes, delicadezas y paredes de la casa. Descubrió, además, que no podía decirme la más inofensiva palabra de amor sin que me dieran ganas de reírme. Claro, él se reía antes de decírmela, pero trataba de ocultárselo hasta a sí mismo. Se descubría mintiendo en el momento mismo en que se creía sincero. Pobrecito, era tan azucarado que no parece cierto lo que estoy diciendo.

Andrea siente un repentino aturdimiento. Se esfuerza por hablar, la rabia la picotea. Unos golpes en la puerta las interrumpen, y en seguida se asoma la mujer del ministro.

—¿Por qué gritan? Van a decirme que no gritan, pero a las cinco de la mañana cualquier voz alta es grito. Mayor, tu marido vino anoche para decirme que salía en misión y que te recordara especialmente que ustedes dos siempre se han adivinado. No quiso despertarte. Vio luz en mi cuarto y entró.

Mayor parpadea, no dice nada. Su madre recomienda que hablen más bajo y vuelve a la cama. Andrea dice:

—Que ustedes dos se han adivinado siempre. No entró a verte porque sabía que lo habías condenado. ¿Sabrá también que pusiste un perro infalible sobre su pista?

Mayor la mira.

—¿No te parecerás a él?

—¡Ah, no! No hago farsa de delicadeza. ¿Cómo podría parecerme a esa delicuescencia? Duermo en cama de tablas.

La interrumpe un aturdimiento muy fuerte. El despotismo de su cabeza es intolerable, la obliga a entender muy poco. Si cerrara los ojos, la cabeza giraría por su cuenta, descendiendo más de un lado, como alrededor de un pivote flojo. Por dentro tiene una papilla.

—Esta especie de mazmorra con huesos.

—¿Qué?

—Mi cerebro.

De repente, Andrea se pone más déspota que su cabeza y la obliga a obedecerla.

—Parecerme a él... ¿Crees que yo hubiera podido llamarle *dulce*, como nombre a alguien? ¿O *antología de todas las mujeres*, como él te decía? ¿Crees que yo te hubiera traicionado?

—Sí. Por jugar, sí. Estás siempre jugando a *¿si lo hiciera?* Y ya está el gesto con el que Andrea se demuestra algo. ¿Para qué viniste

aquí? ¿Para creer que tener una conducta es realizar los actos obligatorios que impone una guerra? ¿Viniste a conseguir una conducta?

—Ignoras la magnitud de actos no obligatorios que he cometido.

—Te equivocas, los conozco. En esta casa se los conoce. Pero eran también obligatorios. Estás iniciada, como mi padre... ¿Qué te pasa?

—Estoy mareada de rabia. Primero, viendo mi cara entre las de esos asesinos de las fotografías, la que puso tu maridito. Y después, por lo que estás diciendo.

—Despertarte tan temprano te ha hecho mal. O no dormir, sobre todo después de tu paseo nocturno.

—Hasta de eso estás enterada. Mal enterada, seguro, como del hecho de buscarme una conducta a través de compromisos. Pero dormí. *Me despertó una pesadilla. La Negra, mi hermano. La Negra fue mi compañera de conjuras infantiles, y yo hice que se enamorara de mi hermano, maravillándola con sus caprichos, sus mentiras, las heridas que infligía. Yo hice que se enamorara de él, inventándolo. Pero no quise engañarla, sólo encontrarle a uno de sus iguales.*

—¿Ves? Desde niña ya estabas en conjuras.

Andrea siente un sudor frío y las entrañas retorcidas. Se tambalea. Mayor se le acerca rápidamente.

—¿Para qué viniste aquí a tener hambre?

—Ayer comí. En la casa del coleccionista.

—Comida podrida.

Andrea se tambalea. Mayor la sostiene, la ayuda a ir hasta el baño. La fotografía que Andrea arrancó de la pared se escurre de su mano, y en el piso queda su propia imagen brillante. Se sienta en el borde de la bañera, empieza a caer suavemente hacia un costado. Mayor la atrapa. Entonces irrumpe el vómito, y casi al mismo tiempo el estrépito de la bomba hace temblar la casa. Mayor grita:

—¡Es contra nosotros! ¿Por qué no lo revientan a mi padre y nos dejan en paz?

Violadas las vísceras por el ruido intolerable, el vómito se corta. Andrea corre afuera. Todo se derrumba en las calles. Las casas son un escenario de mampostería.

La Negra tiene la respuesta. Si ella le preguntara: ¿qué le falta a la vida?, quizá sabría contestarle bien. Pero Andrea inventó hace mucho tiempo un alma para su hermano y La Negra nunca le perdonó. Por eso no quiere hablarle ahora y ella no puede conseguir ni siquiera que la mire. Es esa sensación dolorosa de impotencia la que la despierta de su pesadilla. Y la repugnancia la alumbró de golpe, como una culebrita eléctrica, desde el tubo digestivo a la cabeza. ¿La comida del

coleccionista? ¿La comida de todos los tiempos? Apartar la vieja repugnancia que le enfermó la vida, si no, se apoderará de ella y se transformará en seguida en dolor. No podrá distraer la repugnancia si se queda en la cama. Pero salir por la ciudad otra vez más en esa noche, imposible. Le queda el recurso de caminar por la casa. El ministro está fuera con sus secuaces, tiene campo libre para hurgar su biblioteca y encontrar ¿documentos? No le interesan. Está al corriente de casi todo. Simplemente libros que le neutralicen algo la repugnancia y el dolor. En la puerta de la biblioteca se para en seco: en una pared, dominando a todos los demás, está su propio retrato. Y no desentona con los otros. ¿Qué hace su cara allí, entre caras de asesinos? ¿Quién la ha puesto? Casi todos eran jóvenes y todos están muertos. Algunos exigen imperiosamente que se los mire, o porque aceleran su angustia hasta lo teatral o por el presentimiento de que sus caras están predestinadas. Pero hay uno, uno sólo, elegido para el amor. Su bella cara, sus bellos ojos claros abstraídos están pidiendo tanto a alguien que se enamore de un muerto. Andrea ha querido descubrir muchas veces qué trataron de ocultar esos hombres con los actos que los convirtieron en retratos venerados o execrados, qué intentaron hacer nacer con las hecatombes de donde salieron transformados en monstruos o en símbolos. Ahora se parecen a héroes, pero vivos, cuando hablaban su lenguaje anquilosado y brutal, ¿habrían podido darle la respuesta que allanara su maldita pregunta? ¿Acaso no está ella adentrándose en su camino? Lo que a ellos los llevó allí es lo que la está llevando. Entonces, no habrían podido darle la respuesta. La que sin formular le está pidiendo a La Negra desde la adolescencia. De repente, las caras de las fotografías se ponen a jadear, clavadas en la pared, desde muchos puntos de suplicio. Por unos segundos. Ya se les afloja el tormento, ya Andrea les devuelve su memoria de fotografías inmóviles. Y en seguida una rabia fulminante le inyecta los ojos. Arranca su retrato de la pared, sale temblando del cuarto, olvidada de la hora, de la buena educación, y violentamente entra en el de Mayor a buscar al que puso su retrato entre los otros, el yerno del ministro que la vio parecida a los asesinos.

Sopla un viento furioso esa noche, silba como las balas, trae olor a metales. Andrea ha salido por la escondida puerta del jardín a andar por la noche intransigente. Ninguna patrulla la ha parado. Sin embargo, mientras se dirige a un sitio, a pocos metros de la casa, donde las zanjas han reemplazado a las antiguas calles, ve triplicado el número de las patrullas. Cualquiera puede detenerla o tirar en la oscu-

ridad sin darle tiempo a mostrar su salvoconducto. Pero logra esconderse cada vez y sólo es vista por sombras furtivas, como ella. Sombras inocentes o culpables, le da lo mismo. Ya ni sabe dónde está la culpa. Hasta que una de las sombras se le pone al lado. Se sorprende sin asustarse. Desde que ha dejado de poner en cada acción una esperanza, ha perdido el miedo. Reconoce a la sombra, pero no habla. La sombra habla primero:

—¿Es un paseo?

—Me has seguido desde que salí de la casa. Es lógico.

Es lógico que después del golpe de esa tarde se vigile a la única persona extraña a la casa. Desde su forma de introducirse allí ha sido insólita. Se acordó de que conocía a las hijas del ministro desde la época en que estaba pupila con ellas en un colegio extranjero; bastó para que mandara a Mayor un telegrama diciendo que iba a verla, y antes de que pudieran impedirselo había llegado al aeropuerto demostrando que era periodista y se había quedado en la casa a compartir los episodios de la lucha.

—No sé qué estoy haciendo aquí —le explica Andrea a la sombra—. En este país, en esa casa, en esta noche.

—Estás buscando, pero no encontrarás. No debes buscar aquí. Esto es el infierno. Cierto que tiene alguna diferencia con la infernal tranquilidad que encontraste en otras partes, pero lo que buscas no se encuentra cambiando de infiernos.

—Qué clarividencia saber hasta lo que busco.

Por un momento había creído que la sombra suponía móviles equívocos a su paseo. Ahora le está demostrando que cree en móviles más equívocos todavía, como son los que determinan las vidas.

La sombra le toma la mano que ella tiene crispada y se la abre. Andrea quisiera hacerle mal. Es un pelele, una basura y, lo que es peor, se permite darse cuenta de quién es ella. En la mano hace un momento vacía le han puesto algo. Sorprendida lo deja caer. Se agacha, busca a tientas por la tierra, encuentra: es metal, es pequeño, es revólver. Todavía de rodillas alza la cabeza y ve los contornos de la sombra. Nadie la ayuda a incorporarse. Tiene el revólver en la palma de la mano abierta. En las tinieblas hay ojos que la miran, las tinieblas están llenas de gruñidos, en vela. Todo está lleno de ojos para verla arrodillada ante ese canalla como si se humillara. No es odio lo que siente por él, es asco. Repulsión por sus ojos verdes y dulces, por la boca espesa y dulce, por el mentón con hoyuelo y dulce. Si lo hubiera dicho no la habrían creído: él es un hombre de éxito entre las mujeres. Se levanta del suelo y con cortesía dice:

—Qué bonito revólver. Qué bien haber pensado que me haría falta algo así para mis paseos nocturnos.

Sabe perfectamente que no se lo ha dado para que se defienda. ¿Para qué se lo ha dado? ¿Para que mate a quién? A sí misma, naturalmente. ¿No ha pensado que le pueden dar ganas de que sea él quien esté en el extremo del trayecto de la bala? Como una buena amiga, Andrea le toma la mano y enlaza sus dedos con los de él. El asco la hace estremecer.

—¿Frío o miedo?

—Todo.

Retoma el camino hacia la casa. El hombre se detiene una vez para dejar monedas en el borde de una pared.

—Los niños las encontrarán y creerán que fueron los ángeles que se las dejaron.

—Los niños saben que ahora los ángeles les dejarían comida.

*Pero él es incapaz de dejar comida (como le dirá luego a Menor, la segunda hija del general, llegando a la casa), le parece una falta de refinamiento. También le recordará a Menor la frase del cuñado sobre el pañuelito y el mar. Esa es la clase de cosas que lo tientan a uno a descargarle un revólver encima.*

De repente, Andrea tropieza y se lastima con una piedra. El le propone llevarla en brazos los metros que faltan.

—¿Tendrás suficiente fuerza?

Odia el pensamiento de esos brazos rodeándola, pero está dispuesta a aprovechar el camino lleno de escombros para obligarlo a un esfuerzo que le quite aunque sean cinco minutos de vida. Cuando él la deposita en la puerta, Andrea le pide que le ate el zapato. Lo tiene arrodillado ante ella. Que las tinieblas se llenen de ojos para verlo.

—Tu voz —dice él—, tu voz es una rosa incendiada.

—Quisiera dormir de un tirón, sin despertarme al alba y ponerme a rondar por la casa buscando echar al insomnio.

Debió ser poco después que la dejó cuando él fue a despedirse de la madre de Mayor.

Mayor empieza a decir suavemente:

—No, no me explico por qué papá me ha confiado esos papeles. Andrea se inclina hacia Menor y le susurra:

—Ahora va a desconcertarnos con su talento para pasar de su forma refinada a la brutal.

—Entiendo que se confíen secretos a personas queridas, cercanas, pero ¿con qué derecho se le pide a un extraño que se arriesgue? ¿Por



qué me dio a mí esos papeles el ministro? Papeles que sirven a la *Idea*. Y la *Idea*, con una hiperbólica noción de sí misma, lo menos que pretende es la abolición de los triviales, de los inútiles vínculos humanos. El ministro me ha dado a guardar los secretos que precisamente han hecho de nosotros dos extraños. Pero el riesgo que corrí no lo he corrido por ese señor desconocido que quiere llenar su pequeña vida con una gran idea. Lo corrí porque estoy en su casa, vivo a sus expensas —vivimos mi marido y yo— y es lógico que me exija algo en cambio. El ministro me ha exigido una cosa insignificante: la vida. Y ni siquiera le resultó su trampa. Me hizo jugarme para descubrir a un traidor —oh, sin decirme de qué se trataba, naturalmente— y el traidor se le escurrió. Sin transición interpela a su marido: —¿Me puedes devolver la piedra que te presté hoy?

Andrea sospecha que el ministro ni ha escuchado a Mayor. Debe de estar inmunizado contra los sentimientos y las escenas. El yerno interviene:

—Cuánto valor se precisa, Andrea, para haber abandonado una casa segura, donde debías de ser feliz, un país sin conflictos, para venir aquí por un deber periodístico. Es admirable.

—Sabemos que esa versión no es tan exacta —dice Mayor.

Pero es en la mirada del ministro, no en la de Mayor, donde hay un destello alusivo a un conocimiento común.

—Ustedes saben mucho de mí —dice Andrea—. No pensarán que soy ese mentado traidor.

—Si no hubiéramos sabido mucho de usted no la habríamos recibido en esta casa —dice el ministro, con una simpatía que corta su desatención.

Andrea ha visto poco al ministro. Tuvo tiempo, sin embargo, de admirar su falta de lucidez. Y alguna de sus fulgurantes intuiciones.

El yerno saca del bolsillo una piedra negra, pulida, de forma perfecta. Mayor tiene casi siempre entre las manos una de esas piedras, como para acariciar su forma cerrada y sedosa. Jamás aprieta piedras que no sean definitivas. Antes de devolvérsela, el yerno la sostiene entre las manos y empieza a recordar un viaje:

—Venía acodado en la barandilla mirando el mar y tenía un pañuelito en la mano.

—¿Un pañuelito?

—O un pañuelo. Es lo mismo.

—Yo diría que no es lo mismo —interviene Menor—, pero que *pañuelito* conviene más para el efecto que buscas del relato.

—De repente me dije: ¿por qué no regalarle un pañuelito al mar?

Pero alguien que estaba a mi lado me hizo notar que es impropio regalar pequeñas cosas a un asesino. Con todo, al día siguiente estuve a punto de regalarle un pedacito de papel escrito.

—Cree más elegante hablar de sus versos llamándoles *pedacitos de papel* —dice Menor en el oído de Andrea.

—Despacio, Menor, puede oírte.

—No me oirá, mamá. Ese no se oye más que a sí mismo.

—Quizá no haya obrado bien regalándole cosas al mar —insiste el yerno.

La mujer del ministro interviene, incoherente, como de costumbre:

—No es difícil tener curiosidad por los monstruos, ¿no? Y en el mar hay tantos. Andar por la superficie del agua ¿no será como andar por la superficie del cielo? Y hay seres de densidad diferente que parece que viajan por la superficie del cielo. Nadie sabe si es cierto, pero a la gente le gustan las teorías. A mí también.

—Es que las teorías tienen tanta belleza... —dice el yerno.

Mayor salta:

—Sí, belleza de equilibristas y nada más. Se apoyan en un solo punto, rehúyen todo alrededor, tiemblan ante la atracción del suelo.

—Qué atrevidas son tus imágenes, querida. Teorías que tiemblan.

Mayor se dirige a su padre:

—¿Pensaste alguna vez, ministro, que la teoría precisa de la anti-teoría para ser completa? Aunque la desdeñe como a su mitad prosaica, la que se hace cargo de los pequeños y particulares casos de los hombres.

—¿Qué importan algunos casos insignificantes ante la belleza de una teoría —exclama el marido.

—La desdeña —prosigue Mayor—, pero le tiene miedo. La anti-teoría es como el suelo para el equilibrista.

—Tu padre te mira, mujercita. No deberías hablar así. Sabes lo que para él representa la *Idea*.

—¿Has averiguado si a Mayor le gusta que la llamen *mujercita* en público? —pregunta Menor.

—¿Qué mal hay?

—Mal, ninguno. Ridículo, bastante.

—Me excuso. Como extranjero no sé si muchas palabras están bien dichas. Y no estamos en público.

—Sí —dice Mayor—, es probable que el ministro se mire reprobador desde lo alto de la *Idea*. Pero es impropia su reprobación. Todo

en él es impropio, empezando por la visión que tiene de su tarea. ¡Señalarle su destino al pueblo!

—No hagas bromas —pide su madre—. El sirve al pueblo.

Desde hace años, una intención la domina: enseñar a vivir a la gente de su país. Menor suele decir: quizá lo consiga sólo por medios absurdos, su ingenuidad o su fantasía.

—El pueblo no sabe lo que le conviene —dice cansadamente el ministro, como forzado a abandonar su decisión de no oír—. Y los que saben están en la obligación de imponérselo.

—Yo, como pueblo —dice Mayor sonriente—, sé perfectamente lo que quiero. Todo el mundo lo sabe. Estar protegido, estar cómodo, estar sano.

—¿Seguro? —pregunta el marido—. Quizá existan pueblos masoquistas.

Sólo en ese momento se alarma la mujer del ministro y lo interpela:

—¿Cómo, no consultas con tu pueblo para saber lo que quiere?

—No creía necesario decirlo. Ustedes debían saberlo. Mi vida ha sido una cadena de hazañas fuera de la ley. Pero parece que ustedes eso no lo entienden. Ustedes sólo entienden el buen sentido. Son incapaces de darse cuenta de lo que significa haber dicho sí a algo y estar comprometido con eso hasta el tope. Ser un criminal y un monstruo si lo que uno ha elegido lo exige. Comprometerse hasta no poder más. No descartar nada que no confirme esa elección. Pero lo que ustedes no pueden ver, porque tienen buen sentido y se han puesto de parte de la honradez, es que la bondad no compromete. La bondad no convierte en cómplice de nada, y yo creo que no se puede vivir sin haber elegido una complicidad. ¿Crees que la bondad pondría esa mirada tan radiante y tan sin alegría en los ojos de los hombres que tengo retratados en la biblioteca?

Los retratos de jefes de distinta nacionalidad, idolatrados o execrados. El ministro los tiene a todos. Y los himnos que ellos cantaron, embriagados de error y de masacre. Algunos cantos son bellos y también los nombres de algunas guarniciones a las que pertenecieron. Cantos y nombres hacen pensar en muchachos muy jóvenes metidos en armaduras livianas de color azulado, combatiendo con la cabeza descubierta contra alguien que permanece oculto. Pareciera que luchan por luchar, pareciera que luchan porque han descubierto algo muy difícil: qué es el mal, dónde está para destruirlo y hacer aplaudir su destrucción.

Andrea se asombra de las palabras iluminadas del ministro, él, que se deja llevar por fidelidad de la ceguera que lo guía hasta cualquier obstinación. Extraño que haya definido tan claramente su posición. aun cuando esté repitiendo lo que les haya oído a otros. Si está decidido a destruir la vida y la iniciativa pertenece a los hombres de los retratos, ha penetrado tanto en él que ahora es ya tan suya como una pasión.

El yerno le alcanza por fin, sonriendo a Mayor, la piedra que le pidió devuelta. La piedra perfecta.

—¿Ven? —dice la madre—. Se podría ir por la superficie del cielo sobre algo parecido a esas piedritas negras.

Menor se inclina hacia Andrea.

—¿Por qué apruebas a mi madre y detestas a mi cuñado? Dicen las mismas cosas.

—Con la distancia de la fantasía a la payasada.

El ministro se levanta del sillón.

—Se trataba de resolver el desplazamiento inmediato de ustedes y hemos estado debatiendo tonterías. Debo salir ya y los problemas de mi familia no me detendrán. Resuélvanlos ustedes como quieran.

Se dirige hacia la puerta. El yerno fue a seguirlo, pero se vuelve y llama:

—Andrea.

Ella adopta uno de los falsos rostros, como los que pone cuando le habla de la belleza de él, aprendidos del virtuosismo de La Negra, tan hábil para transformar su cara, para fingir un cariño benevolente. Pero él no se equivoca esta vez.

—¿No es cierto que tampoco puedes vivir sin haber elegido una complicidad? Tienes esa mirada radiante y sin alegría de que nos habló el ministro. Pero te gustaría parecerte a la gente que se ríe los domingos en los parques.

—No me gustaría para nada.

—Claro que sí. No tener que elegir los extremos. Te gustaría descansar un poco de haber sido tan religiosa y ser ahora tan antirreligiosa. De haber sido nacional hasta el crimen y ser ahora internacional hasta el crimen. De haber sido alentada por otra policía a causa de tus bombas, y de ser ahora alentada por nuestra policía a causa de tus trabajos en favor de la causa.

Andrea no puede contestar, ni ver la transformación de su cara falsamente benevolente en una cara desesperada.

Odiándolo, admirándolo, comprueba la clarividencia del hombre con el que usaba de falsos rostros simpáticos para burlarse de las preocu-

paciones que por su belleza personal sentía él. O para hablarle de otras cosas con una injuria sutil. Comprueba que alguien que da asco puede acertar.

Cuando la mujer del ministro, Andrea y Menor llegan de la fiesta del coleccionista encuentran la casa convulsionada. Soldados que corren por todas partes, Mayor que encara a su marido en la puerta de su cuarto:

—Te han hecho perder una oportunidad dejándome viva.

Un olor a humo picante que no deja respirar. Mayor que se vuelve hacia ellas:

—El ministro me había prometido una total falta de riesgos. Estoy viva por milagro.

La madre alarmada, como una hormiga a la que taparon el hormiguero, con los mismos movimientos. El yerno que protesta. Mayor que dice:

—Es preferible que te vayas con mi padre a seguir urdiendo horrores.

Las mujeres que se quedan solas y Mayor que empieza a hablar sin poder detenerse:

—Me quedé sola, como el ministro me pidió. Me quedé sola entre objetos familiares, con el paso tranquilizador de las patrullas. Los soldados de mi padre estaban aquí, cuidándome. Yo oía sus pasos. Pero cuando dejé de oírlos, el miedo me golpeó en las muñecas. Los objetos dentro de la casa hablaban de seguridad, de antepasados, de decorosas relaciones. Yo sé desde hace rato que es un lenguaje mentiroso. Los objetos decían esta tarde: la vida cotidiana, hecha de cosas cómodas, encantadoras y fáciles. Sólo que la vida cotidiana se nos ha vuelto demasiado artificial. Ahí estaba yo, por ejemplo, con el pulso trastornado de miedo, sin vida cotidiana, pensando cómo improvisaría para salvarme y salvar los papeles que el ministro me había confiado porque «no pueden estar en ningún otro sitio, al alcance del traidor que tengo entre los oficiales». Cuando el reloj del escritorio dio la hora y no oí los pasos de la patrulla tuve una aguda sensación de peligro. Sentí que *ellos* habían llegado. Tomé los papeles. Ellos ya subían la escalera. Nadie les detuvo, ni los guardías que según la promesa del ministro debían estar apostados en cada cuarto. Salí por una ventana del primer piso, a riesgo de ser vista desde afuera, caminé por la cornisa hasta quedar oculta de cualquier mirada que viniera del interior. El vértigo era insoportable. Ellos entraron en la casa

como si supieran que no había nadie. Y nadie les cortó el paso. Ya no dudé, me habían dejado sola. Ni guardias ni vigías. Todos se habían ido. Yo era el animalito que el ministro había dejado en la trampa para atrapar al animal grande. Desde la cornisa veía la ciudad que empezaba a resplandecer con la caída de la noche. Tenía el mismo aspecto engañoso que la casa, el de la plácida vida cotidiana. Si no hubiera sabido qué inmundicias se acumulan en las calles de abajo, en algunas de las casas que quedan en pie, haciendo a una multitud de seres subhumanos, ilagados, miserables, habría creído que el de abajo era un mundo normal. ¡El mundo normal! ¿Cuál es? ¿El que tiene fijadas horas para cada cosa? ¿El de los gestos clisés? ¿El que exige tales ceremonias para tales circunstancias? De ningún modo. En el mundo verdadero no se sabe de antemano qué hay que hacer, todo está librado a la improvisación y no hay precedentes. El mundo verdadero es éste en el que estamos viviendo, sin saber qué pasará en el minuto siguiente.

La madre quiere interrumpir varias veces su discurso excitado; sólo atinaba a abrazarla, a tocarla. Mayor no puede callarse:

—Fue en ese momento cuando una especie de estruendo sordo repercutió en toda la casa y yo abandoné la cornisa con un movimiento casi reflejo. Del piso bajo salió humo. La escalera se estaba quemando. Creí que se quemaría todo. Por poco se encuentran sin casa al volver. Pero en ese justo momento aparecieron los soldados de mi padre que venían de afuera. Habían calculado el tiempo exacto para dejar a los otros que se llevaran los papeles que encontrasen. El ministro, con tal de tender una trampa al traidor o los traidores, me ha dejado expuesta a todos los riesgos.

—Hijita —puede por fin hablar la madre—, estás demasiado nerviosa para ver las cosas. Estamos protegidos por los soldados de tu padre, y ningún padre expone así a sus hijos al peligro.

—Desde el Padre Eterno para abajo —dice Mayor furiosa—. Qué tragedia haber nacido de dos ciegos. Uno por convicción y el otro por sojuzgamiento a la armonía.

—¿Hasta qué extremo tiene que ahondar una ciudad en el trastorno para perder la gente bien vestida? —pregunta Andrea a Menor—. Es probable que estas mujeres crean que el cambio es de poco.

Mira los trajes estampados que allí dentro resumen una pálida primavera. Muchas de las mujeres de la reunión son europeas, como el

anfitrión. Los trastornos impuestos por las ráfagas de metralla no han logrado hacerlas desistir de sus collares largos, su cuidada blancura, los colores desvaídos de sus vestidos y ese algo en ellas que trae reminiscencias de objetos largamente guardados en papel de seda y naftalina.

Para la gente que puede permitirse olvidar las luchas, la reunión del coleccionista es un magnífico remedo de la vida que prefieren.

Andrea oye decir a su lado:

—La Negra se ha enamorado de ese caballo de la dinastía Han. Creo que hasta se lo robaría si no fuera por los policías de civil que ha puesto el dueño.

Como un sollozo subido a la garganta nace el presagio en Andrea. Está segura, esa Negra no puede ser sino la suya, la de su adolescencia. En el mismo instante la ve junto al bar. Aunque rubia, como la mayoría de las mujeres allí, un atributo interior intenso, concentrado, hizo que alguien experimentara ese elemento como una sensación de color y la llamara La Negra.

Andrea y La Negra habían tenido una amistad de adolescencia, y entre todas las de su grupo eran las únicas de futuro impreciso, las únicas no serenadas por el prejuicio. Fueron amigas entonces, pero poco después se separaron. La Negra juzgándola, La Negra eludiéndola, La Negra eliminándola de su vida como a una contaminación.

Andrea se le acerca temblando. Prevé lo que va a ocurrir, pero aparte de la tentación de que ocurra lo peor, debe librarse de ese encuentro que ha atosigado su sueño por años.

—¿Te acuerdas de mí? —pregunta.

La Negra le contesta que sí sin levantar los ojos de una especie de torta que está cortando.

—¿Me has visto hace ya rato, no? —pregunta Andrea.

La Negra la enfrenta:

—¿Tienes otros hermanos para ofrecerme ahora?

—No has podido olvidar un intento fantasioso de adolescente.

—No he podido olvidar al ser más abyecto que he encontrado. Quien miente para apoderarse del alma de otro, podría ponerse a reptar.

—Fue para que te fijaras en mí. Si no, nunca habrías sido mi amiga.

—Es cierto. La gente que no vale nada se pone máscaras para conservar el interés de los demás. Como estás haciendo ahora con los que te hospedan.

¿Por qué está tan enterada La Negra?

—Durante años soñé en pesadillas este desplante. Pero también durante años soñé que te preguntaba: ¿Qué le hace falta a la vida para que sea vida? ¿Cómo se hace para vivir con exaltación?

—Bah, los gusanos no conocen la exaltación.

—No abuses. Ya no abuses más de mi sentimiento de culpa. Finalmente, si te enamoraste de mi hermano fue por la pintura que yo te hice de él. Si yo lo hice vivir a tus ojos como él mismo no hubiera podido vivir, el mérito es mío. Yo no quería que lo conocieras, ¿no es cierto? ¿Quién se arregló para telefonarle? El no te dio ninguna facilidad para que lo vieras. El pobre no debe de haber querido por nada que lo vieras. Pero estabas loca por la espiritualísima cara de su retrato y por lo que te decía en el teléfono. Pero él jamás te habló de amor. El no quiso conocerte. No empezó él a escribirte todos los días. Contestaba sólo tus cartas con una inteligencia que ni hubieras sospechado que existiese en esa tonta provincia donde vivíamos. Te las contestaba con una tal poesía que forzaste la entrada en mi casa para verlo. Y lo viste, contrahecho en su silla, tan desgraciado, tan inteligente, con esa cara de tanta belleza.

Después se aparta de La Negra, ocultando su desazón, su desconuelo. Ha esperado años, pesadillas, soñados encuentros (en que La Negra le volvía la espalda) para preguntarle: ¿qué le falta a la vida? Ni ella llegaba a hacer la pregunta en el sueño ni la otra le respondía. ¿Por qué entonces tenía la impresión de que dentro le quedaba una contestación: todo? Y que esa contestación servía sólo para ella, que intentaba decir humildemente en el sueño: yo quisiera vivir como cuando se muere violentamente, con exaltación.

Pasa junto a Menor, que está hablando de su cuñado con alguien, y la oye decir:

—Poco después de que se conocieran él le propuso: *Como los enamorados comparten siempre una estrella, nosotros podríamos compartir una ventana iluminada.* Pero es bien sabido que todas las improvisaciones de los enamorados van a parar al lugar común. De modo que ése no improvisaba, ése representaba.

Andrea se sienta sola en un rincón. Poco después Menor se acerca.

—¿Por qué te molesta tanto ese hombre, Menor?

—Se aprovecha de nosotros. En cuanto vio a Mayor en Portugal se lanzó sobre la oportunidad.

—¿Qué oportunidad?

—La de ser yerno del hombre que manda un país. Era vagamente militar o lo había sido en un país balcánico. Creo que Mayor en ese



momento estaba algo tonta, ella que tiene las meninges tan aceradas. El hombre se puso a decirle frasecitas y ella cayó. *Tu voz es una rosa incendiada. Para oír tu voz atravesaré el mar como galeote. Cosas así le decía.*

—¿Por qué como galeote y no como pasajero?

—No debía de tener con qué. Sería para que ella se lo diera. Lo cierto es que Mayor contribuyó y ahora *Pocacosescu* está convertido en un brillante militar de nuestro país... Andrea, ¿para qué has venido?

—Me acordaba siempre de las hijas de un jefe de policía, millonario y exiliado, que habían sido mis compañeras de estudios en un colegio en Francia. He venido porque soy periodista y esta revolución tan continuada que nunca llega a guerra me intriga, me interesa, no puedo captarla.

—Jamás nos escribiste.

—No me gustó algo. Hacía mucho frío, quisiste mostrarme tu desvergüenza, te levantaste la falda, no tenías nada abajo, y te pusiste a orinar parada entre dos automóviles. Me repugnaste.

—Yo era muy chica. Tendría once años... ¿Conocías a esa mujer que llaman La Negra? Odía a Mayor a causa de *Pocacosescu*. Conquistada por sus frasecitas, quizá.

En ese momento se acerca la mujer del ministro para decirles que es hora de irse.

Pasan de vuelta por calles destrozadas. Al llegar a la casa la encuentran convulsionada. Los soldados de la guardia, trastornados o confusos, no las miran a la cara. Al entrar el humo, les hace frente. Ni Menor ni su madre parecen muy conmovidas. Desde hace tiempo las malas sorpresas se han convertido en hechos cotidianos. Huir de una ciudad, refugiarse en otra creyéndola más protegida, encontrar la escalera de la propia casa quemada no son cosas para dar un ataque al corazón. Pero, de repente, la mujer del ministro se lleva la mano al pecho:

—¿Mayor?

Una voz le contesta desde el primer piso.

Tampoco Andrea sabe ya qué es lo común, qué lo extraordinario; si tiene importancia visitar las pirámides y si entre los lugares antípodas hay diferencia. La culpa no es de las luchas, la culpa es de las personas que tienen que inventar —hermanos, ideas, conductas— para poder conseguir la intensidad.

Los soldados tantean los escalones, las hacen subir cuidadosamente. En el primer piso encuentran a Mayor, apasionadamente trastornada.

Andrea quizá sospecha que un día después La Negra dará una respuesta definitiva a su pregunta y ella sabrá lo que descubrieron aquellos jóvenes asesinos: la vida, sólo la vida es el mal.

*ELVIRA ORPHEE*

Apartado 8349  
CARACAS (Venezuela)